

Introducción

De alguna manera, este libro comenzó a escribirse en enero de 1994, al constatar la ignorancia personal y la falta de información disponible en relación a la paz. En una de las marchas que se llevaron a cabo en la ciudad de Guadalajara, México, para exigir el cese de la confrontación armada entre el Ejército Zapatista de Liberación Nacional y el ejército mexicano, los organizadores me pidieron pronunciar un discurso sobre la paz en la Plaza de Armas [sic]. ¡Vaya contradicción! Al recordar que entre mis libros tenía algunos números de *El Correo de la Unesco* en los que se abordaba el tema, pude atender sin problemas la encomienda que se me hacía. Me preguntaba, sin embargo, cuántos mexicanos tendrían acceso a este tipo de materiales “especializados” para trabajar a favor de la paz. Aunque entre los participantes se intuía la importancia de exigir el cese de las hostilidades en el estado de Chiapas, éramos conscientes también de la justicia que estaba detrás de las demandas que enarbolaban los indígenas del sureste mexicano. ¿Dónde documentarse sobre lo que implica o supone la construcción de una paz con justicia y dignidad que demandaban los zapatistas? ¿Para hacer las paces era suficiente poner en marcha esa intuición moral que nos dicta cómo deben ser las cosas? Además de la no-guerra, no teníamos más elementos en los cuales fundamentar nuestra manifestación pública en contra de la guerra. Meses más tarde, en una charla que ofreció en el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO) quien fuera mediador de *Los diálogos de la Catedral*, D. Samuel Ruiz García, aclaraba que la paz no solo se tenía que construir en Chiapas sino en todo el país: “ahí donde viven, pregúntense qué pueden hacer por la Paz en México”, aclaraba el obispo de San Cristóbal de las Casas.

Con ese señalamiento, comenzamos a buscar información sobre educación para la paz (EPP) cuestionándonos cómo se la podría implementar en el ámbito universitario del ITESO. Desafortunadamente en las librerías de la ciudad prácticamente no existía literatura al respecto (y sigue sin existir) o con la que nos topamos provenía de otros países y estaba dirigida a la educación infantil. ¿Será que la paz solo se debe instalar en la mente y en los corazones de los niños? Años después, en 1997, nos enteramos de los Cursos y Talleres de Educación para la Paz y los Derechos Humanos que se ofrecían durante los veranos en la Universidad Autónoma de Aguascalientes. Conocimos ahí las propuestas de Paco Cascón¹ para la resolución de conflictos, la mediación escolar y la práctica de la noviolencia² activa. Con estos insumos nos aventuramos a ofrecer en el ITESO cursos y talleres dirigidos a estudiantes de licenciatura y a personas que trabajan en las organizaciones de la sociedad civil, a través de los cuales fuimos aprendiendo mediante ensayo y error lo que es la educación para la paz. Aunque la metodología socioafectiva y sociocrítica que propone Paco Cascón desata en las personas las emociones y actitudes necesarias para construir paz, pronto caímos en la cuenta que en el ámbito universitario era necesario incorporar además un fundamento teórico al conocimiento desde la experiencia que se desata con tales metodologías. La confianza, el reconocimiento del otro, la negociación de los intereses o los equilibrios de poder, son también el objeto de estudio de diversas disciplinas que se cultivan en las universidades y aportan otras luces para comprender y poner en marcha procesos pacíficos.

1. Activista y educador español.

2. Mario López (2004) aclara los matices que lleva implícito el uso de expresiones como “no violencia”, “no-violencia” y “noviolencia”. De esta última, explica que en 1931 ya era utilizada en Europa por Aldo Capitini para referirse tanto al precepto ético-religioso *ahimsa*, como a las luchas llevadas a cabo por Mahatma Gandhi que hacían referencia a *satyagraha* o búsqueda de la verdad, con lo que pretendía que el concepto no fuera tan dependiente del término “violencia” sino que se trata más bien de un programa constructivo y abierto de tipo ético-político, social y económico de emancipación y justicia.

Con estos supuestos, y en el contexto de la docencia en distintas licenciaturas, de 1997 a 2004 incursionamos en la psicología para entender, por ejemplo, por qué la gente percibe las mismas cosas de diferentes maneras y se generan conflictos; nos adentramos en las ciencias políticas para revisar los mecanismos de cómo funciona el poder cuando una persona o un grupo se impone o se somete al otro; buscamos en la economía explicaciones para comprender por qué la gente no logra satisfacer las necesidades que están en el fondo de la violencia estructural; o acudimos a las ciencias de la comunicación para escudriñar cómo se construyen los significados que permiten el entendimiento mutuo, a pesar de los diferentes sentidos que se le asignan a las palabras. A la par de estos estudios, la práctica docente en la asignatura Resolución de Conflictos en Instituciones Educativas nos ofrecía la posibilidad de compartir los aprendizajes con las alumnas de Ciencias de la Educación del ITESO.

A través de los estudios del Doctorado en Paz, Conflictos y Democracia, que se imparte en la Universidad de Granada (2004–2010), logramos clarificar qué significa construir la paz como concepto y como práctica, por qué es necesario hacer un *giro epistemológico* para hacer dicha construcción y en qué sentido debe dirigirse dicho cambio, cuáles son las ventajas que se tienen al pensar la paz desde una perspectiva compleja, conflictiva e imperfecta o cómo organizar de manera articulada los saberes pacíficos que se van construyendo de manera interdisciplinar. Asimismo, nos dimos a la tarea de investigar qué son las necesidades humanas que están en el fondo de los conflictos y de qué manera la identificación o construcción intersubjetiva de satisfactores es una mediación idónea para construir relaciones positivas.

En los últimos años (2011–2015), el estudio del empoderamiento y la conflictividad social, en medio de los cuales se van consolidando en Guadalajara diversas agrupaciones sociales que trabajan a favor de una movilidad no motorizada, los derechos sexuales y reproductivos o la defensa de territorios y espacios urbanos; la docencia universitaria dentro y fuera del ITESO en cursos a nivel de licenciatura, maes-

tría o doctorado; así como los vínculos con activistas que defienden el derecho a la vida y al cuidado de las personas y del medio ambiente como es el caso del Colectivo Bicicleta Blanca de Guadalajara; han sido fundamentales para la construcción de la paz más allá de la educación formal y la investigación académica. Comenzamos a hablar entonces de impulsar una cultura de paz en la que, por ejemplo, las autoridades y los ciudadanos trabajen conjuntamente para establecer las políticas públicas que se requieren para resolver problemas sociales; las personas de barrios urbanos o comunidades rurales desarrollen capacidades que les permitan negociar sus diferencias y así regular sus conflictos; las instituciones respeten, valoren y reconozcan el aporte que hacen las mujeres para el cuidado de la vida o la convivencia en armonía, etc. Con estos antecedentes podemos afirmar que, sin voluntad personal y grupal para implicarse en la transformación de la realidad, sin proyectos concretos con objetivos y metas claras para lograrlo y sin los instrumentos necesarios para la acción, no es posible consolidar la paz que necesitamos y queremos.

De todo esto versa el libro que tiene el lector en sus manos que, a manera de auto-biografía intelectual expone en qué sentido la cultura de paz es una alternativa para enfrentar la violencia cotidiana que se da en las sociedades contemporáneas (capítulo 1), qué podemos entender por educación para la paz y cómo implementarla en diversos escenarios (capítulo 2), de qué manera consolidarla sistemáticamente como un objeto de estudio académico (capítulo 3) y cómo podemos enfocar una investigación sobre las necesidades humanas de manera que se puedan crear u organizar mediaciones pacíficas que contribuyan a su satisfacción (capítulo 4).

En los capítulos, algunos apartados se redactaron a partir de textos que solo habían sido consultados para preparar una clase o impartir alguna charla (la promoción de los derechos humanos como uno de los proyectos a través de los cuales es posible impulsar una cultura de paz); en otros casos, el contenido que aquí se presenta es apenas la primera incursión que se hace sobre dicho tema (los métodos alternos para la

resolución de conflictos), algunas secciones más (el reconocimiento intersubjetivo de necesidades y satisfactores para construir paz) son la versión más reciente de asuntos en los que venimos trabajando desde hace varios años. Asimismo, el lector encontrará que en diferentes momentos regresamos sobre tópicos que habían sido abordados en otros capítulos. Decidimos trabajar de esa manera, ya que lo que en un caso se analizó desde una perspectiva cultural, en otro momento se entiende como parte de un proceso pedagógico (la desobediencia civil); el asunto que en un contexto constituye un tema importante en términos pedagógicos, más adelante se revisa en tanto objeto susceptible de investigación (la mediación y las mediaciones). Igualmente, al regresar sobre ciertos temas para considerar sus relaciones con otros asuntos, se encontraron nuevos matices que complejizan lo que ya se sabía (la participación, entendida como una de las necesidades humanas fundamentales, supone o demanda la cooperación de los demás para enriquecer la propia perspectiva con los valores y las visiones que existen en las contrapartes). Con estos ejemplos, lo que intentamos dejar en claro en esta introducción es que, en muchos sentidos, la construcción de la paz es algo que depende de nosotros, que nadie más puede suplir el esfuerzo emocional e intelectual que demanda hacerla en el día a día, que la realidad es siempre una realidad para nosotros, una realidad desde nuestra perspectiva, y que como señala la autora: “un estilo autobiográfico es, también, una afirmación de mi propia responsabilidad como profesional [...] hacia el empoderamiento, la conciencia y la acción” (Fontan, 2013, p.53).

Por otro lado, a diferencia de la bibliografía que ocasionalmente puede encontrar uno en las librerías de la ciudad en relación con la paz, este libro está escrito principalmente para estudiantes de posgrado que comienzan a incursionar en estos temas, tratando de mostrarles tres ámbitos donde pueden llevar a cabo sus proyectos de investigación, además de un ejemplo concreto de lo que se hizo para obtener el grado correspondiente. Contiene un número considerable de citas, con la intención de ofrecer pautas en las que puedan fundamentar sus

investigaciones, conscientes de las dificultades que existen en nuestro entorno para conseguir muchos de los textos citados. Sin embargo, al señalarlos, pensamos en las múltiples posibilidades que existen en la actualidad para rastrear los aportes de estos autores en otras fuentes de información (blogs personales, videos, plataformas, revistas electrónicas, redes académicas, etc.). Asimismo, tratamos de alejarnos lo más posible de los enfoques “violentológicos” que, para explicar la paz, analizan, reflexionan y profundizan sobre la guerra o la violencia. Puesto que entendemos que la violencia es algo que aprendemos a través de la socialización, podemos “romper con su naturalización, aprehenderla como una ‘manifestación humana con un preciso desarrollo instrumental y temporal inteligible’, como ‘hecho específico bajo la forma de *acto de violencia*’, contingente y explicable” (Magallón, 2013, p.86). Es decir, entendemos que el estudio de la violencia solo tiene sentido en la medida en que nos permita comprender el(los) conflicto(s) que están en su origen, para desentrañar o inferir las capacidades humanas con las que contamos para transformarlos de manera positiva, con imaginación y creatividad.

Ahora bien, adentrarse en el conocimiento de la paz desde la perspectiva compleja, conflictiva e imperfecta que aquí proponemos, es una invitación a considerarla como algo que está presente en nuestras interacciones, en nuestros proyectos, instituciones y saberes. Plantearla, al menos en términos de dos hipótesis: como una experiencia que todos los seres humanos hemos tenido en algún momento de la vida, y que a lo largo de la historia se han dado muchos más hechos de paz que de violencia. Queremos *Darle una oportunidad a la paz*, como lo pregona John Lennon en una de sus emblemáticas canciones. Para ello, hay que cambiar el paradigma de conocimiento vigente, fomentar un pensamiento crítico, salirse de la lógica hegemónica para utilizar lógicas no convencionales, ampliar el significado de los conceptos de manera que logren incorporar otras realidades, emplear metodologías multi, inter y transdisciplinarias, pensar desde categorías afines a la condición humana (imperfección, impureza, vulnerabilidad, etc.). Asi-

mismo, es proponerse la creación de nuevas formas de gobierno, por encima y por debajo de los estados-nación, desmarcarse del *realismo político* que entiende a la paz como un asunto de y entre estados, crear otros tipos de soberanía; asumir una conciencia planetaria y una solidaridad global con otras culturas y con las generaciones futuras, bajar las declaraciones y los pactos que se establecen entre los organismos internacionales al ámbito local. Lo que en última instancia está en juego son otras formas de saber que permitan articular las diversas formas de ser en el mundo.

En ese sentido, hay que entender la paz como un valor. Su conocimiento, por lo tanto, debe plantearse en el campo de la ética. Es lo que la hace diferente a otras investigaciones que se llevan a cabo en el ámbito de las ciencias sociales. Por lo mismo, como estudiosos de la paz, debemos poder explicar qué son los valores, cómo se practican, cómo se deben jerarquizar. Entender que lo óptimo para la paz es contar con un mínimo de valores, que tengan el mayor consenso posible y abarquen a la mayor cantidad de personas. Por eso, el tipo de cultura, educación e investigación que esbozamos en este trabajo, está impregnado de valores que intentamos dejar en claro al explicar lo que Axel Honneth (1997) entiende por la *eticidad* de la comunidad en la que se lleva a cabo el reconocimiento intersubjetivo, al precisar las diferencias y complementariedades que existen entre la imaginación moral planteada por John Paul Lederach (2007) y la imaginación ética señalada por Dora García (2014); al tomar en cuenta la perspectiva axiológica que sugiere Manfred Max-Neef (1998) para entender lo que son las necesidades humanas o la ética del cuidado que debe permear los espacios de vida en los que se traducen las cosmovisiones culturales como lo apunta Leonardo Boff (2001).

Finalmente, cabe señalar que este trabajo no hubiera sido posible sin el apoyo y la complicidad de las autoridades y los colegas del ITESO, particularmente de los viejos y nuevos compañeros del Programa Institucional de Derechos Humanos y Paz (PIDHP) y del Centro de Investigación y Formación Social (CIFS). Mi reconocimiento tam-

bién para don Samuel Ruiz García por su recomendación para dedicarnos a construir la paz ahí donde cada uno de nosotros nos encontramos, recomendación que a 23 años de distancia sigue vigente, y a Paco Cascón Soriano por la pasión que le imprimía a sus cursos la cual logró desatar en mí el interés en el estudio de estos temas. Mi agradecimiento a los profesores Francisco Muñoz Muñoz, Alberto Acosta Mesas, Joaquín Herrera Flores y Vicent Martínez Guzmán por sus enseñanzas para incursionar, de manera crítica, en estos asuntos; así como a los estudiantes de licenciatura y posgrado con quienes hemos podido discutir las ampliamente en las clases. Una mención especial a quienes, de ser mis alumnas, pasaron a ser actualmente colegas del mismo oficio (Karla González, Luisa María Ramírez y Paulina Cerdán) y a los que generosamente accedieron a leer y comentar previamente algunas secciones de este libro (Juan Romero, Jorge Buitrago, Elsa Jiménez y Mariana Gaona). Mi gratitud a los amigos y las amigas de Usmajac, en Sayula, Jalisco con quienes realizamos el trabajo empírico que se reporta en el capítulo 4; a quienes colaboran en organizaciones no gubernamentales, grupos parroquiales, escuelas o instituciones públicas y privadas de quien hemos aprendido cómo se construye paz con los recursos escasos y las posibilidades reales que se tienen a la mano; a mis hijas Alondra, Paloma y Miriam a quienes debo todo mi amor; y a mi compañera de viaje, María de la Luz, de quien sigo aprendiendo todos los días qué significa construir la paz en medio de los conflictos.